

grandes debates cuando se discutía la cuestión de límites entre Argentina y Chile. Numerosos arroyos son sus afluentes, y al llegar al mar forma el hermoso puerto Gallegos. En su parte inferior, es este río de una anchura regular, con pequeños islotes y colinas de permanente y fresca vegetación. Resulta navegable una parte del año para embarcaciones muy sólidas y de escaso calado. Su valle es fértil y mantiene mucha ganadería.

El río Belgrano nace en el cerro del mismo nombre, recibe las aguas del río Chalia, salido del lago Viedma, así como de varios afluentes que proceden del lago Misterioso y de los montes Alvarez y Chalten, y al llegar al Atlántico se junta con el río Santa Cruz, como ya se dijo.

En la Tierra del Fuego abundan las corrientes de agua, producto del deshielo, pero sólo hay una que merezca mencionarse: el río Pellegrini, llamado también Grande, que nace en la cordillera central de la isla y desemboca en el Océano, al Norte de Cabo Peñas, después de haber formado algunas islas. Tiene una anchura variable, que algunas veces llega á 100 metros, y su profundidad es de dos metros como término medio.

III

LA RAZA

Cuéntase que al visitar Buenos Aires un hombre político de los Estados Unidos, que andaba de viaje por las Repúblicas sud-americanas, la muchedumbre, entusiasta, le hizo asomarse á un balcón de la Casa de Gobierno para saludarlo con aplausos y vítores.

El yanqui paseó su mirada, primero con curiosidad, luego con asombro, por la inmensa muchedumbre aglomerada en la plaza de Mayo:

— ¡Y todos son blancos! . . .

Esto fué lo único que dijo. La frase del ilustre viajero, de no ser cierta, merece serlo. Todos los que llegan á la Argentina desde el viejo mundo, por enterados que estén de la organización, razas y costumbres de la República del Plata, experimentan una extrañeza casi igual á la del yanqui. ¡Todos blancos! . . .

En Europa sufrimos una grave enfermedad intelectual. Sabemos muchas cosas, pero entre tanto como sabemos apenas si figura la Geografía. A la general ignorancia geográfica únense las preocupaciones tradicionales que se apoderan de nosotros desde los primeros años y pesan con indestructible obsesión sobre los conocimientos adquiridos en la escuela.

Europa sabe tan poco de Geografía étnica y social, que hasta se desconoce á sí misma, y dentro del mismo continente circulan como verdades indiscutibles las más absurdas creencias sobre los puébllos que constituyen su conjunto.

Existe una Geografía *pintoresca* y caprichosa, en la que todos creemos más ó menos. Cuando nos hablan de un país, la primera visión que surge espontáneamente en nuestra mente, nos la proporciona esta Geografía extravagante, teniendo luego que acudir á la reflexión y al recuerdo de pasadas lecturas para modificar el juicio.

Según esa ciencia geográfica, indiscutida é infalible en las aulas de la calle y en las tertulias de los cafés, el español es un individuo negruzco, arrugado y seco como Don Quijote, incapaz de trabajo alguno, con la navaja en el cinto, aficionado á pasar el día lidiando toros y asistiendo á procesiones, y que no se acuesta contento si no ha dado unas cuantas vueltas

al compás de las guitarras, con gesto grave y hosco, repiqueteando unas castañuelas. El francés, según la misma versión geográfica, es un señor alegre, de faz rubicunda, enemigo de la formalidad, de una moral acomodaticia, que pasa el tiempo en la amable compañía de una botella empolvada, ó corriendo tras unas faldas; el italiano, pálido y melencólico, lleva á cuestras un arpa y se alimenta invariablemente de pastas con queso; el inglés, siempre rubio, con unos dientes agudos, amarillentos y el traje á grandes cuadros, se halla ebrio hasta el punto de no poderse tener en pie así que suenan las ocho de la noche; el alemán, obeso, de barba blonda, chupa á todas horas su pipa como si fuese un biberón, y permanece silencioso ante un vaso, grande como una torre, sudando cerveza por todos los poros. . . Y así continúa el desfile imaginativo de los pueblos del viejo continente. Claro está que cada europeo reniega de la imagen de su propia raza y grita contra el absurdo, llamando imbéciles é ignorantes á los que la inventaron; pero esto no le impide seguir creyendo á ciegas, con egoísta complacencia, en la verdad de todo lo que se refiere á los otros países.

La América del Sud tiene igualmente su encasillado en esta Geografía fantástica. En Europa se habla casi siempre de América en conjunto, sin distinguir nacionalidades. Cuando más, se hace una separación entre América del Norte y del Sud. Y la América del Sud evoca siempre las mismas visiones: bosques de bananeros, sobre los que revolotean loros, colibrís y pájaros moscas; un calor de horno; hamacas tendidas entre dos palmeras, en cuya panza de red dormitan bellas señoras, muy pálidas, envueltas apenas en diáfano batón y mecidas por una cuarterona que las abanica con un palmito de plumajes; señores vestidos de blanco, con anchos sombreros de Panamá y el machete al cinto; y negros. . . ¡muchos negros!

La América del Sud no pueden los europeos imaginársela sin el negro. Yo mismo, que antes de llegar á la Argentina había estudiado en los libros la composición étnica de esta República, sabía que los más de sus ciudadanos eran blancos, pero no por esto dejaba de participar de la general preocupación. Los blancos eran los más: de acuerdo; pero no por esto dejaría de haber negros. No encontrar negros en una nación sud-americana: ¿cómo podía ser esto? . . .

Mi asombro fué parecido al del personaje norteamericano, al ver la muchedumbre en las calles de Buenos Aires, pues casi exclamé como él: «¡Y todos son blancos!» . . .

Después de recorrer el país, puedo afirmar que Argentina carece de negros. Pero no. . . me equivoco. Sí que los tiene. En Buenos Aires he contado hasta seis ú ocho, que son hujeres del Congreso de Diputados. Los legisladores argentinos y algunos ministerios se pagan el capricho de tener á su servicio los únicos negros de la República. Estos individuos, cuya faz oscura resalta decorativamente sobre la levita galoneada de oro, y cierto negro mendigo procedente de una isla portuguesa, muy popular en la ciudad de Corrientes, son los únicos individuos de raza africana que he encontrado en la República del Plata.

En España se ven más negros que en Argentina, pues hay algunos procedentes de la última guerra antillana. En las calles de París y Londres se encuentran muchas caras de ébano barnizado que á nadie llaman la atención. En cambio, yo he visto en la Avenida de Mayo de Buenos Aires grupos de chicuelos y de mayores, con la boca abierta por la curiosidad, detrás de unos negrazos africanos que acababan de desembarcar.

La raza blanca, en su mayor pureza, domina las provincias del litoral argentino. Estas son asiento de la inmigración desde hace años, y se ven nutridas incesantemente por nuevas remesas humanas que llegan de Europa. En las provincias del interior, el tipo es menos puro: el blanco tiene mezcla de una sangre que no es la caucásica, pero no por esto, en los más de los casos, participa de la africana.

Argentina, Chile y Uruguay son los tres países de América del Sud que menos rastro

guardan del paso del negro por su suelo. La superioridad étnica de los habitantes, ayudada por las condiciones climatológicas, ha repelido la invasión africana, tan nociva para otros pueblos de América.

Tres razas contribuyeron á la formación del actual pueblo argentino: la blanca, que predomina en todo el litoral; la indígena, que apenas se conserva pura en ninguna parte del país, pero tiene numerosa representación en las provincias del interior, con las familias mestizas; y la raza africana ó negra, que sólo ha vivido un siglo en el suelo de la República, sin dejar otro rastro que el de los cruzamientos.

Los primeros negros se importaron en 1702 por los comerciantes de Buenos Aires. La Asamblea Constituyente de 1813 decretó la libertad de vientres, declarando libres á todos los nuevos hijos de los esclavos. En 1825, al proclamarse internacionalmente la abolición de la esclavitud, ya no llegaron más negros al Río de la Plata, y los que existían, faltos del sostén de nuevas inmigraciones, se fueron disolviendo en la masa del país, hasta desaparecer como representación pura de la sangre africana.

La raza india tiene gran importancia en el pasado etnográfico de la República. Es á modo del solar sobre el cual han edificado los blancos la actual nación argentina.

Cuando los conquistadores españoles se esparcieron por los territorios llamados luego Virreinato del Plata, las primitivas razas ó tribus que poblaban estos países eran: los Querandíes y Charrúas, al Este; los Quichúas, que ocupaban el Norte y el Centro, hasta las tierras que forman actualmente las provincias de Córdoba y Mendoza; y los Araucanos, en la Patagonia y las dos vertientes de los Andes. Todos estos pueblos, de un carácter indomable y belicosas costumbres, vivían diseminados por el territorio, llevando una existencia nómada, con frecuentes guerras entre ellos, y no habían alcanzado mayor cultura que la de los grupos humanos, libertados de la primitiva animalidad, pero esclavos todavía de la barbarie.

Los Guaraníes, pueblo de costumbres más dulces, vivían en lo que es hoy provincia de Corrientes y territorio de Misiones, y los Minuanes poblaban la provincia de Entre Ríos. En la ribera derecha del Paraná y el Plata (lo que es hoy provincia de Santa Fe y de Buenos Aires), acampaban los Chanás y Timbúes, y en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires la tribu de los Querandíes. En los valles de los Andes, al Noroeste, estaban los Calchaquíes, con una civilización rudimentaria, pero interesante, reflejo sin duda de la incásica del Perú. Los Quichúas, ya mencionados, dejaron tan honda huella en la actual provincia de Santiago del Estero, que todavía conservan actualmente muchos de sus habitantes, como venerable tradición, el uso de la lengua quichúa. En las pampas, al Oeste de Buenos Aires, vivían los indios Ranqueles y los Pehuenches, gente guerrera, aficionada al robo de ganados, y en las márgenes del río Negro los Puelches y los Tehuelches, no menos belicosos y temibles que los anteriores. Una tribu de



UNA CHIRIGUANA

Calchaquíes, llamada de los Quilmes, se hizo también famosa por su carácter belicoso é indomable, hasta el punto de que la autoridad española tuvo que deportarla en 1670, desde la provincia de Salta á un lugar á 20 kilómetros de Buenos Aires, dando así origen al actual pueblo de Quilmes.

En el Chaco, junto á las riberas del Bermejo y el Pilcomayo, vivían los Abipones, los Mocovíes, los Tobas, los Mataguanos, Matacos, Chiriguano y otras agrupaciones indígenas.

Estas tribus todavía existen hoy, aisladas y en toda su pureza, lo mismo que en tiempos de la colonización española. Ha disminuído su número indudablemente, pues el contacto con una civilización superior diezma á los pueblos primitivos; pero dentro de su actual decadencia siguen conservándose aparte, con escasos cruzamientos. Algunos indios que por entrar á servir en el ejército argentino aprenden el castellano y se habitúan á las costumbres higiénicas, cuando vuelven á sus tribus se ven elevados á la calidad superior de intérpretes ó *lenguarazes*, siendo los únicos que introducen algo de la vida moderna en los usos de sus hermanos de raza.

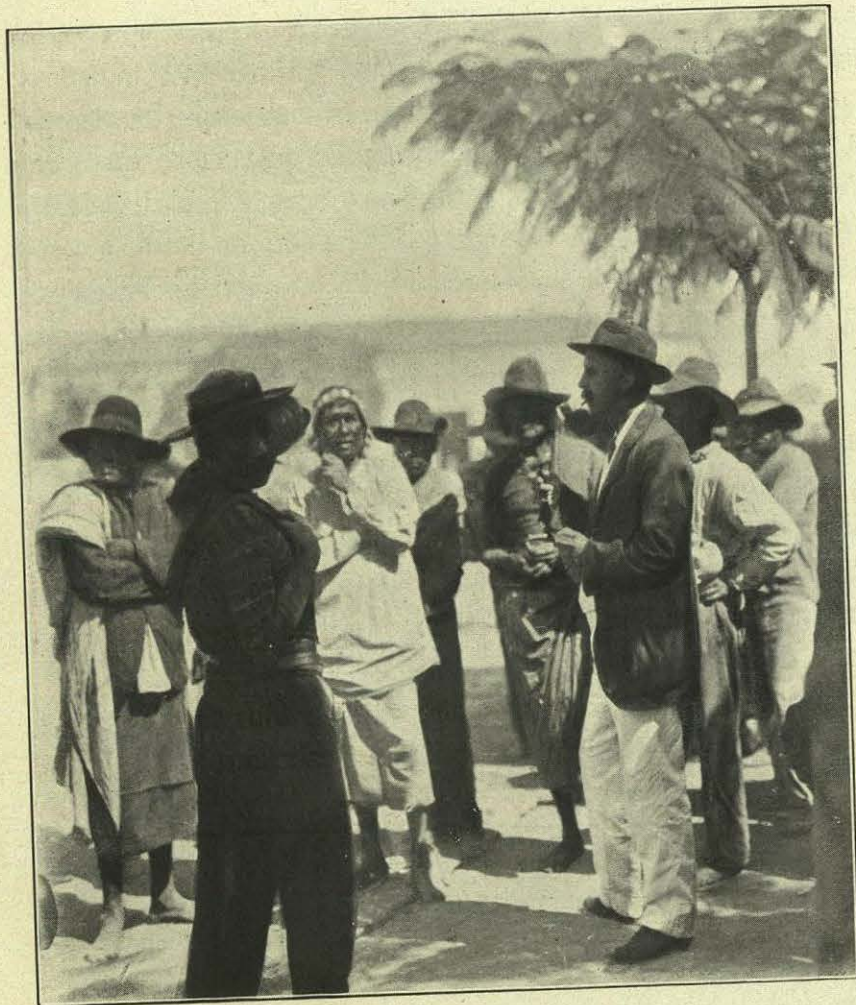
Las tribus del Norte de la Argentina se mantienen aún en esta forma primitiva, porque el terreno que ocupan se halla muy lejos del centro civilizador de Buenos Aires, de donde parten todas las ondulaciones de cultura nacional. Además, han molestado poco á los blancos en su obra de colonización, limitándose á contemplarla desde lejos ó á ofrecerla sus brazos como peones, para las faenas que no le es posible realizar al hombre de origen europeo, por escasez de número y por los rigores de la temperatura.

Todos los indígenas de la Argentina primitiva pueden ser comprendidos en dos grupos, haciendo caso omiso de tribus y razas: el indio de á pie y el indio de á caballo.



TRABAJADORES INDIOS DE UN INGENIO DEL NORTE

El indio jinete, el indio de la llanura, ha sido el peligroso demonio de cobre que ha dificultado y retardado la obra de la civilización. Este indio, nómada por las condiciones de la pampa, y aficionado á buscar el sustento en su inmensidad con la rapiña y la guerra, el día



UN DUEÑO DE INGENIO HABLANDO Á LOS PEONES

que vió cruzar la llanura á un animal desconocido, veloz y gallardo, con las narices ensanchadas por una respiración de fuego, las crines sueltas, el anca brillante de sudor, y pudo copiar de los españoles el arte de domarlo y montarlo, torció bruscamente su destino. De seguir á pie, tal vez hubiera acabado por abrir surcos en la tierra y ser un tranquilo agricultor, como otros pueblos primitivos; pero al verse sobre el caballo, devorando leguas y leguas, como señor de la inmensidad, ya no quiso descender de él. Sus piernas se adherieron para siempre á los sudorosos flancos: el caballo fué como un nuevo miembro de su organismo: nada en la vida tendría fuerza suficiente para despegarlos: sólo la muerte podría

echarle abajo de la silla. Y su bastón de caminante ó el corto dardo arrojado se prolongó muchos palmos, convirtiéndose en lanza. El indio cazador, habituado á las largas esperas, se hizo caballista y ladrón: en vez de las labores sedentarias del cultivo ó el apacentamiento, prefirió galopar para aprovecharse del trabajo y las reses de los demás; y las nuevas ciudades vivieron aisladas y cerradas como islas en mitad del Océano por miedo al oleaje de los *malones* de indígenas; la vida se estancó durante siglos, y los campos que hoy dan sustento á la Argentina y á una parte del mundo, continuaron siendo eriales bajo los peludos cascos del caballejo que montaba el Atila cobrizo.

Era forzoso para la República morir ó matar al indio de á caballo. Imposible la existencia en el mismo suelo del jinete blanco, de amplio poncho y calzones bombachos, y el jinete bronceado, de recia musculatura chorreando grasa, el rostro juanetudo contraído por una mueca de codicia, los ojos hundidos, brillando con una ferocidad implacable, y las guedejas lacias flotantes en torno de la *guincha* que era su diadema.

La verdadera gloria del país argentino empieza el día en que acabó para siempre con el indio de á caballo. Entonces fué posible la agricultura, la ganadería cerrada y el avance de la raza blanca hasta las fronteras de la nación, ensanchándose las ciudades y apareciendo nuevos

pueblos con una rapidez mágica, como si surgiesen de las entrañas de la tierra en el corto espacio de la mañana á la noche.

Todos los gobernantes del país presintieron dónde estaba el verdadero peligro para su desarrollo; el poder infernal que mantenía la tierra infecunda y desierta. Los Adelantados y Virreyes españoles, faltos de combatientes y de dinero, hicieron cuanto pudieron para cortar el paso á

esta calamidad, levantando fortines y valiéndose del inocente procedimiento de aislar la tierra civilizada con anchos zanjones. El tirano Rosas, más bárbaro en sus procedimientos que los mismos indios, á pesar de que muchas veces se había apoyado en las tribus como dóciles auxiliares de sus empresas políticas, marchó contra ellas, comprendiendo su incompatibilidad con la joven República. Todos los Gobiernos reconocieron que era imposible el desarrollo de la nación mientras esta nube de langosta humana infestase las llanuras, hasta que el general Roca, con su campaña del Desierto, dió á la Argentina 15.000 leguas que no eran suyas realmente, aunque apareciesen en el mapa como sometidas á su soberanía; 15.000 leguas que habían sido hasta entonces como una reserva de barbarie que en determinados momentos se volcaba sobre el país, destruyendo la obra lenta de los civilizados. Sólo después de esta enérgica operación de limpieza, que dió por resultado la desaparición del indio, fué posible el alambrado de

los campos, la seguridad y multiplicación de los rebaños, la vida aislada del colono en las soledades, y el ferrocarril, que incorporó á la vida de la producción tierras misteriosas y olvidadas.

El indio de á pie, el indio de los territorios del Norte, no ha conocido el caballo, y por lo mismo ha hecho poco la guerra. Ha sido cazador y pescador, y allí donde la selva ó la orilla de los ríos le ha ofrecido un rincón despejado y libre para la agricultura, ha plantado con la punta endurecida de su palo el maíz ó la mandioca. Este indio



EL AUTOR EN UNA TOLDERÍA DE INDIOS MATACOS



INDIOS TOBAS EN UN INGENIO

es refractario á la vida moderna, pues aún constituye numerosas agrupaciones que persisten en las costumbres primitivas, pero jamás ha puesto en peligro los avances de la civilización, ni ha presentado un obstáculo importante á las conquistas del blanco. Es más: á pesar de su actual barbarie, la industria argentina lo atrae, y lo tiene ahora á su servicio. En los ingenios de azúcar de las provincias de Jujuy y Salta, en los quebrachales del Chaco y en otras explotaciones de los territorios del Norte, el indio libre, en estado casi salvaje, presta sus servicios como peón durante cierta parte del año.

La existencia de estas tribus medio bárbaras y medio civilizadas, trashumantes, sin hogar y sin patria, es igual á la de los gitanos y zingaros que aún vagan como un recuerdo de remotos siglos por las naciones más adelantadas de Europa.



PAISAJE DEL CHACO

Cuando llega la época de la zafra, ó sea de la recolección de la caña de azúcar, grandes bandas de indios bajan á los ingenios del Norte, como una invasión pacífica, desde las márgenes más remotas del Bermejo y el Pilcomayo.

Son tribus enteras de Tobas, Matacos, Chiriguano y Chunanpis, que todos los años vienen á ponerse en contacto con la civilización durante unos meses, y luego vuelven á las nativas florestas sin experimentar nostalgia por lo que dejan á su espalda. Á la cabeza marchan los jefes, con el rostro pintarrajeado de blanco y amarillo, ostentando orgullosos un viejo sombrero trocado por unas flechas ó una chaquetilla de soldado cuyos botones corruscantes despiertan la admiración y la envidia de las mujeres de la tribu. Tras ellos vienen los hombres, disfrazados con mugrientas casacas que dejan al descubierto, por la delantera entreabierta, el abdomen de bronce pulido y sudoroso. Algunos ostentan rojos pantalones, que fueron de un jinete del ejército ó de la policía, y se admiran á sí mismos por esta elegancia, que resalta soberbia entre los andrajos y mantas oscuras de los compañeros.

Las mujeres marchan á la zaga, cargadas como bestias, sosteniendo en la encorvada espalda enormes paquetes, por cuyas aberturas asoman vasijas de cocina y cabezas de niños. Junto á los hombres, que no llevan otra impedimenta que la lanza ó el arco, caminan las jóvenes, envueltas como estatuas antiguas en trapos de flotantes pliegues. Son amorosas de gruesos labios, apenas entradas en la edad adulta, con el rostro de una fealdad diabólica, y el cuerpo gentil, de elegantes curvas. Su pecho es saliente y empinado; la grupa firme y rítmica al compás del paso. La esbeltez característica de las razas inferiores, resultado tal vez de una existencia libre y errante, da á estas figuras el aspecto de Tanagras de viviente cobre.

remotos siglos por las naciones más adelantadas de Europa.

Cuando llega la época de la zafra, ó sea de la recolección de la caña de azúcar, grandes bandas de indios bajan á los ingenios del Norte, como una invasión pacífica, desde las márgenes más remotas del Bermejo y el Pilcomayo.

Son tribus enteras de Tobas, Matacos, Chiriguano y Chunanpis, que todos los años vienen á ponerse en contacto con la civilización durante unos

Algunos ingenios llegan á reunir en la época de la zafra cinco mil indios, acampados en diversas tolderías, á los que es necesario mantener aparte para que no choquen y se exterminen por odios de familia y de tribu. Indios civilizados que hablan el castellano por haber servido en el ejército y guardan relación con sus antiguos hermanos, van en busca de las tribus á las regiones más lejanas del Chaco y las contratan para los trabajos de la siega, volviendo al frente de ellas como *lenguas* ó intérpretes.

Grupos de indígenas que llevan siglos de odio y de guerra en sus territorios, manteniéndose alejados unos de otros en el suelo natal, tienen que convivir en los cañaverales del ingenio. Los dueños de éste procuran hacerlos acampar á cierta distancia y vigilan para que no se encuentren en el curso de los trabajos. El indio respeta y obedece al blanco, señor del rifle, porque está en sus tierras, y porque sabe manejar el arma retumbante que mata como el rayo; pero apenas se tropieza con otro indio de una agrupación enemiga, empuña la lanza y se despoja de los harapos para combatir desnudo, sin otra defensa que una coracilla sobre el pecho, de fibras trenzadas.



INDIAS CHIRIGUANAS

Estas tribus vienen de muy lejos. Los *lenguas*, al traducir las palabras de los jefes, hablan de cuarenta y de cincuenta soles que nacen y se ponen en el curso de la marcha. Los dueños de los ingenios, á la ida y á la vuelta de las muchedumbres trashumantes, escalonan á lo largo del camino grupos de reses en las llanuras desiertas, que las sirven de alimento.

El viaje de regreso exige precauciones para que los indios no se peleen y la excursión al ingenio acabe en paz. Primeramente, emprenden la marcha los más pacíficos, y hasta quince días después no se da licencia á las tribus belicosas. De salir éstas antes, esperarían en el camino á los otros indígenas para saciar sus odios tradicionales y robarles de paso lo ganado en la zafra.

Yo quise comprar á una tribu de indios, acampada en un cañaveral de azúcar, algunos arcos y flechas.

— El jefe dice que no puede ser — contestó el *lengua* con su acento cantante, cerrando los ojos para dar más solemnidad á sus palabras. — Ha venido usted tarde.

Insistí en la petición, llegando á ofrecer mis polainas al jefe; unas polainas inglesas que arrancaban exclamaciones de admiración y codicia al respetable indio.

— No es posible — continuó el *lengua*. — El jefe dice que sus hombres han vendido muchas flechas y sólo les quedan las que usted pide. . . ¿Cómo podrán volver á su país sin armas?

Los adornos más extraños y bárbaros figuran en estos rostros cobrizos: rayas circulares de colores en torno de los ojos y la boca; botones que atraviesan el labio inferior, dándole una hinchada pesadez, ó que perforan carrillos y narices, formando dibujos jeroglíficos;



UNA BELLEZA TOBA



DONCELLA MATAKA